

riencia diaria, que en el curso ordinario de la gracia, la conversion de los pecadores se opera lentamente y por grados: así es que no se les concede el beneficio de la absolucion sino despues de sábias dilaciones, y despues de una prueba proporcionada á los desórdenes pasados, porque en las cosas espirituales, más aún que en el órden físico, las grandes mudanzas y las grandes transformaciones no se operan en un instante (1).

Y en efecto, ¿cómo es posible que en el lecho de la muerte se pase, como de un salto, del amor del mundo al amor de Dios, de la esclavitud de las pasiones á la libertad del espíritu, y del pecado á la gracia?..... Que se nos diga si es fácil al más hábil calculador desembrollar las cuentas más antiguas y complicadas en el momento mismo en que es necesario presentarlas?.... Es fácil á un enfermo el pasar instantáneamente y sin convalecencia de una enfermedad de muchos años al estado de perfecta salud?..... ¿Es fácil á un arquitecto el terminar un edificio el dia mismo en que coloca los cimientos?..... Pues del mismo modo será fácil en la noche del último momento reparar por una conversion bien sincera los excesos de una vida llena de acciones reprobadas y feas. Aunque ciertos pecadores se confiesan algunas veces al año, sin embargo, como poco despues vuelven á reincidir en el pecado, puede decirse que pasan en el estado de pecado todo el año y toda la duracion de su vida. Pues bien, á fuerza, de vivir así en estado de pecado, á fuerza de familiarizarse con ese estado, el pecado, por decirlo así, se inocular en la sangre, se convierte en segunda naturaleza, llega á ser una especie de necesidad, y su veneno mortífero se infiltra hasta en la médula de los huesos. ¿Será fácil despojarse en pocos instantes de esa horrible naturaleza? Eso sería lo mismo que decir que el etíope podia mudar de color por medio de un baño, y que el tigre y el leon pueden domesticarse y perder su ferocidad natural bajo la mano que los encadena. ¡Ah! Nuestras pasiones no cambian en un instante como nuestros deseos; nuestras costumbres no se abandonan en un momento como nuestras ideas.

Entre la multitud de pecadores hay muchos á quienes pesa el vivir en estado de pecado. ¿Por qué, pues, no se convierten? Porque les parece difícil el corregir ciertos hábitos, el romper

(1) Repentinas mutationes natura non sustinet.

ciertas relaciones, el poner fin á ciertas intrigas, el renunciar á ciertos afectos, el restituir ciertos bienes mal adquiridos, el reparar ciertos escándalos, el vencer respetos humanos, el adoptar ciertas prácticas, el cumplir ciertos deberes, en una palabra, el mudar su propio corazon y todo su sér por medio de una transformacion absoluta y completa. Y hé ahí por qué esos pecadores perseveran en un estado de conciencia que no pueden aborrecer, porque se hallan cautivos por el amor de lo presente, y que no pueden amar por temor del porvenir. Maldicen cada paso que dan en su maldita carrera, pero no se detienen; humedecen con lágrimas sus cadenas sin atreverse á romperlas; se arrebatan contra sí mismos, pero no se convierten. Y eso, dice San Agustín, porque es muy difícil el arrancarse de la tierra y levantar la cabeza hácia el cielo, cuando una costumbre horrible y criminal nos oprime y nos encorva hácia las cosas de acá abajo (1).

Pues bien, esa conversion, ya tan difícil en la plenitud del dia de la vida, ¿cómo ha de llegar á ser fácil en la noche de la muerte? Es difícil convertirse sinceramente cuando la salud es perfecta, cuando el corazon está libre y el espíritu tranquilo, cuando las fuerzas sostienen, las luces abundan, los ejemplos fortalecen, y se dispone, si se quiere, de tiempo y de comodidad para encerrarse en un sitio retirado para meditar, leer, hacer exámen y orar. ¿Qué será, pues, en la noche de la última enfermedad, en medio de los dolores del cuerpo, con fuerzas que se debilitan y nos abandonan, con el espíritu perturbado, con el corazon agitado con las penalidades de lo presente y las aprensiones del porvenir, cuando ya no hay tiempo de examinarse, ni deseo de orar, ni posibilidad de meditar, de reflexionar, de poner remedio á nada? ¡Ay! Cuán verdadero es que lo que no era más que difícil en medio del dia, llega á hacerse imposible en la oscuridad de la noche: *Venit nox quando nemo potest operari.* ¡Y á media noche es cuando el celestial Esposo vendrá á sorprendernos: *Media autem nocte!*.....

San Pedro Crisólogo tenía mucha razon en burlarse de los gentiles, que sacaban sus augurios de las entrañas de los animales muertos. ¡Insensatos!..... les decia. ¿Cómo os podeis persuadir de que una bestia que fué estúpida toda la duracion de su

(1) Difficile surgit quem moles malæ consuetudinis premit. (S. Aug.)

vida, llegue á ser un libro de secretas inteligencias cuando ya no vive? (1)..... Pues otro tanto decimos del cristiano que tiene la presuncion de morir como un justo, despues de haber vivido como pecador. Morir con la muerte de los justos es morir con una fe viva, con una esperanza firme, con una caridad ardiente, con una contricion sincera, con una humildad profunda, con un entero desprendimiento de las cosas de acá abajo y de sí mismo, con un ódio concentrado al pecado, y con una resignacion perfecta. ¿Cómo es posible que el hombre lleve á efecto en la hora de la muerte esos autos sublimes de virtud, que tal vez no haya ejecutado en su vida, y que quizá ignore hasta su nombre?.....

*Ut animal quod nihil sciret vivum divinaret occisum?*

El alma verdaderamente cristiana y piadosa que se halla familiarizada con esas virtudes, y que en caso necesario siempre ha sabido realizar sus actos, posee el aceite celestial que puede inflamar más y más su fe, animar su esperanza, y conducirlé al encuentro de Jesucristo. Pero el pecador que jamas ha practicado esos actos de virtud, ó que sólo los ha practicado mal y superficialmente; el pecador que no tiene el aceite de la costumbre virtuosa para mantener encendida la lámpara de su virtud, ¿cómo podria en una hora reasumir una vida de tantos años transcurridos en el pecado, ponerse en pocos instantes en estado de amar á Dios sobre todas las cosas, á ese Dios que siempre ha olvidado? ¿Cómo podrá de un golpe detestar sobre todo lo detestable ese pecado que siempre ha amado tanto, pasar de la aficion de los placeres al gusto de la virtud, y lanzarse desde los groseros goces del deleite á los sentimientos más puros de la religion? ¿Cómo en algunos rápidos instantes ha de poder purificar una imaginacion corrompida, refundir un corazon lascivo, apagar impuras llamas, vencer inclinaciones inveteradas, y resistir á violentas tentaciones? ¿Cómo ha de hacer en la postracion de la enfermedad lo que no supo efectuar en salud? Le será preciso pensar, hablar y obrar como cristiano en un momento de debilidad, de pena y de angustia, cuando ya casi no es hombre. ¿Cuándo, pues, ha tenido la muerte la singular propiedad de devolver al espíritu su vigor al mismo tiempo que abate el cuerpo, y helando el cuer-

(1) *Ut animal quod nihil sciret vivum, divinaret occisum. (S. Petrus Chrys.)*

po con frio de la noche, encender en el corazon la llama y los ardores de la caridad?.....

Pero los gritos que anunciaron la llegada del esposo, ¿no significan el tumulto y la agitacion que produce en el alma el anuncio de que se acerca el momento de morir? Las vírgenes que se levantan todas á un tiempo, y el presuroso afan con que preparan sus lámparas, ¿todo eso no representa lo que vemos suceder todos los dias, es decir, que al funesto anuncio de una muerte próxima, todo moribundo se despierta, se conmueve, se agita, tiene muy abiertos los ojos del espíritu, se interroga á sí mismo, examina la intensidad y la luz de su fe, y calcula el número y el carácter de sus obras? (1).....

Las vírgenes imprudentes que se aperciben de que las falta el aceite, y van á buscarle por todas partes, para salir tambien al encuentro del esposo, ¿no significan el deseo que en la hora de la muerte manifiesta la mayor parte de los pecadores de reparar el mal que han hecho? ¿Y ese arrepentimiento, ese dolor, no deben ser suficientes para obtener el perdon y salvarse? Sí, ciertamente: bastan, si son verdaderos y sinceros. ¡Mas ay!..... Sucede á muchos lo que sucedió á las vírgenes inconsideradas, que léjos de desear la llegada del esposo, se entristecieron interiormente de que viniese con tan poca oportunidad á despertarlas, y no le dijeron: Señor, señor, sino porque las habia castigado por su negligencia, excluyéndolas del festin. Sus lágrimas, sus instancias no partian de un corazon lleno de afecto hácia él, sino únicamente de su interes personal. Hé ahí la segunda razon que hace difícil la conversion en el momento de la muerte: la falta de un sincero dolor de los pecados cometidos.

¿Pero cómo es posible, diréis, que en el momento de la muerte, el pecador no conciba un arrepentimiento sincero y un verdadero dolor? ¿Pues qué, á la vista de la eternidad que le aguarda, del infierno que se abre bajo sus piés, del juez que le reclama, del juicio que no le da tregua, es posible que no haga todos sus esfuerzos para escapar del fuego eterno, cuya proximidad parece ya hacerse sentir? ¿Es todavía tiempo de lisonjearse? ¿Hay todavía en ese supremo momento filosofía que sostenga, firmeza

(1) *Interrogabunt conscientias suas, discutient fidem suam, considerabunt opera sua.*

que resista, valor que no sea quebrantado? ¿Es posible que no desee sinceramente entonces aplacar al Dios que ha de juzgarle, que no pida con sinceridad su perdón y que no le obtenga? ¡Ay! Demasiado cierto es que entonces se teme á Dios: se le teme demasiado; y por eso mismo, dice San Leon, que debemos temer por la sinceridad de esas conversiones. Los pecadores tienen entonces ese temor de Dios que es el tormento de una conciencia culpable, no ese religioso temor de Dios que justifica y que salva. Tienen ese temor desesperado que deja subsistir en el fondo del corazón un deseo secreto de continuar pecando, y que no espera sino á que se aleje el peligro para volver á reincidir en el pecado con mucha más fuerza (1).

Y en efecto, ¿qué es lo que vemos todos los días? Vemos que si esos penitentes improvisados en el lecho de la muerte recobran la vida y la salud, vuelven á ser lo que eran ántes. Sus planes de reforma se devanecen con los síntomas de la enfermedad; al despedir á los médicos, despiden también al confesor, y con la convalecencia vuelven á aparecer todos sus vicios. El avaro vuelve á sus usuras, el impúdico á sus antiguos sacrilegios, y el impío á sus antiguas blasfemias. ¿Y eso qué prueba? Que el movimiento y la agitación de las vírgenes inconsideradas fueron inspirados más bien por el temor del castigo, que por afecto al esposo. Eso prueba, dice San Gregorio, que son verdaderos Sauls cuyo arrepentimiento manifestado en presencia del peligro, era el temor del castigo, y no el aborrecimiento sincero de la falta, y lo que le inspiraba era el interés personal, pero no el amor de Dios, sin el cual no hay ni verdadero arrepentimiento, ni conversión sincera, ni esperanza fundada de salvación eterna (2).

Pero se dirá: ¿cómo no puede ser sincera la conversión de ese pecador que muere con tan buenas muestras de religión? Mirad, si os place, cómo el desgraciado vuelve con frecuencia sus ojos hácia el sacerdote, como para implorar auxilio y gracia. ¡Oh! ¿Cómo extiende sus manos temblorosas hácia la cruz! ¿Cómo con voz entrecortada por el llanto hace fervorosa oración, adopta

(1) Habentes timorem non quo fides vera justificatur, sed quo conscientia iniqua torquetur. (S. Leo.)

(2) Quia non eos tetigerat penitentiae dolor. (S. Greg.)

resoluciones edificantes, ruega reiteradamente, y repite con lágrimas que se aparta de sus pecados!

Si; pero las vírgenes inconsideradas que despues de muchos ruegos insistian todavía diciendo: Señor, Señor, no por eso dejaron de ser excluidas del banquete nupcial; y su suerte, preciso es convenir en ello, es una prueba de lo que Jesucristo ha dicho en otro lugar, que todos los que claman á Dios: ¡Señor! ¡Señor! no por eso entrarán en el reino de los cielos (1). No, las demostraciones exteriores de penitencia y de piedad, no prueban nada por sí mismas. Porque, dice San Jerónimo, esa hermosa invocación, ¡Señor! es una preciosa confesión, es un bello testimonio de fe; ¿pero de qué servirá en la hora de la muerte el invocar con palabras al Dios que se ha ofendido con las obras durante la vida? (2). He pecado, repitió también Antíoco, y quiso reparar el mal que habia hecho. El mismo Júdas exclamó al fin: ¡He pecado! y entregó á los sacerdotes el precio del deicidio. Y sin embargo, esos hombres, con todas sus demostraciones de arrepentimiento, murieron impenitentes.

Todas esas muestras de humildad, de arrepentimiento, de fe, serian indicios ciertos de una muerte preciosa si fuesen el complemento de una vida cristiana; mas como no son más que la terminación de una vida de desórdenes, es muy de temer, dice San Agustín, que esas oraciones no sean de modo alguno las tiernas efusiones del corazón, que esas lágrimas no sean el producto de un dolor sincero, que esos discursos edificantes no sean el lenguaje del amor divino, que esos actos de religión no sean inspirados por una verdadera piedad, que esos planes de reforma no sean realmente resoluciones dictadas por una adhesión sincera á la ley de Dios. Esos penitentes tardíos suelen ser con harta frecuencia esclavos mantenidos momentáneamente en el deber por la proximidad del suplicio, no hijos pródigos atraídos por el amor. Todos esos movimientos no parten de un corazón contrito, sino de una imaginación trastornada; no son una prueba de odio sincero al pecado, sino de un miedo terrible al castigo (3).

(1) Non omnis qui dicit, Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum. (Matth., VII.)

(2) In Domini appellatione egregia confessio est, indicium fidei est; sed quid prodest voce invocare quem operibus negaveris? (S. Hieron.)

(3) Ardere metuunt, peccare con metuunt. (S. Aug.)

¡Ah! Si pudiéramos decir todo lo que pensamos cuando somos llamados al lado de los pecadores moribundos, diríamos con muchísima razón á esos penitentes tardíos que no se dirigen hácia Dios sino en el último momento y cuando Dios los va á llevar ante su tribunal: « Hermano mio, creednos, esas apariencias de conversion son simplemente lazos que el demonio tiende á vuestra persona y á otros pecadores como vos. Quiere por ese medio alentarlos al pecado, haciéndolos esperar una muerte santa despues de una vida deplorable. En cuanto á vos, esas invocaciones que dirigis al Señor y esas señales exteriores de conversion, son un poco tardías. Esas lágrimas brotan de un manantial sospechoso. Sin embargo, recurrid á Dios, porque al fin habeis caído en sus manos, y ya no teneis que esperar nada de los hombres. Hasta ahora no habeis hecho más que deteneros ante el peligro y ceder á la necesidad. Aprovechad, pues, para vuestra salvacion los momentos que en realidad sentís no poder dedicar ya al placer. No pensais en el cielo, sino porque conoceis que absolutamente es necesario dejar la tierra. Destinais á obras pías vuestros bienes, porque no podeis hacerlos servir para el lujo y la voluptuosidad. Renunciáis al mundo porque el mundo se os escapa. Vuestro arrepentimiento de haber pecado no comienza hasta el momento en que ya no os era posible pecar. No sois, pues, vos el que abandonais el pecado, sino que el pecado es el que os abandona » (1).

¡Ay! ¡Cuán vanamente los pecadores repiten en la hora de la muerte actos de religion! Sí, porque ese lenguaje les es extraño é inusitado; porque todo eso no es pronunciado con el acento de verdadera piedad que sale del corazon y de Dios; porque no son más que actos artificialmente compuestos, y por lo comun puestos en boca del moribundo por el confesor y arrancados por la aprension de la muerte; porque son actos püramente naturales y humanos que dejan subsistir una secreta afición al pecado, y que no hacen mejor al que los pronuncia, y sucede que, provistos del Santo Viático, preparados con la Extremauncion, rodeados de las oraciones del sacerdote, de la invocacion de los santos, y nombrando á Jesus y María, entregan en manos del demonio su alma mancillada, y con esas falsas apariencias de penitencia,

(1) Dimiserunt te peccata tua, non tu illa. (S. Aug.)

mueren impenitentes. Y eso es porque el dolor de la penitencia no habia penetrado en su corazon (1).

¡Ay! ¡Cuántas de esa especie de muertes, dice San Agustin, se parecen á la muerte de los justos, y delante de Dios no son más que la mala muerte de los pecadores! (2).

Pero el misterio más terrible, la amenaza más aterradora, encerrada en la parábola de las diez vírgenes, se encuentra en la circunstancia de que habiendo vuelto las vírgenes con el aceite comprado apresuradamente y viendo cerrada la puerta, á todas sus instancias, á todas sus súplicas, no recibieron más que esta dura respuesta del esposo: « No os conozco. » ¡Terrible sentencia, que será repetida al pecador moribundo! Mas, pregunta San Agustin, ¿ cómo puede ser verdad que no conozca á esas almas el Dios que todo lo conoce? (3). ¡Ah! No es que no las conozca con el conocimiento de su sabiduría, sino que no las conoce con el conocimiento de su misericordia y de su amor. No os conozco, significa, pues, os repudio, os rechazo, os abandonó (4). ¡Ah! Ese Dios de bondad reconoce como suyos á los que se consagran á Él, á los que verdaderamente le han conocido y le han amado (5).

Pero como San Juan ha dicho que todo hombre que peca desconoce á Dios, le olvida y le borra de su memoria y de su corazon (6); así, añade un doctor, Dios, en el momento de la muerte, abandona y descuida como extraños y desconocidos á los que en la vida no se molestaron por pertenecer al número de los suyos, por la santidad y por el mérito de las buenas obras, ni por hacerse reconocer como tales (7). Es decir, que los dejará con los socorros suficientes que no se niegan á nadie, con los cuales podrian convertirse, y con los que, sin embargo, no se convertirán de hecho. Les rehusará toda gracia eficaz, única que podria triunfar de su endurecimiento. Y hé ahí la verdadera razon por la que es difícil convertirse al morir, porque falta al moribundo, no tan sólo el tiem-

(1) Quia non eos tetigerat penitentiae dolor. (S. Aug.)

(2) Oh! si intus videres, quæ mors tibi bona videtur pessima est. (Ibid.)

(3) Num non illas novit qui omnia novit? (Ibid.)

(4) Necio vos, id est, improbo vos, reprobó vos. (Ibid.)

(5) Cognovit Dominus qui sunt ejus. (II, Tim.)

(6) Omnis qui peccat non videt Deum et non novit eum. (Joan., II.)

(7) Tunc veluti incognitos Dominus diserit quos modo suos per vitæ meritum non agnoscit. (Auct. op. imperf., in Matth.)

po y la voluntad sincera, sino tambien la gracia eficaz. «No os conozco: *Nescio vos*», significa una negativa absoluta, una voluntad muy decidida de no conceder la gracia eficaz, la gracia triunfante.

Mas, ¿cómo es posible que el pecador en la hora de la muerte llame á la puerta del cielo y no la vea abrirse? ¿Que implore la gracia de la salvacion y no la obtenga? ¿No ha dicho el Señor mismo: «El que pide obtiene; el que llama conseguirá que se le abra?» (1). ¿Es, pues, posible que el Hijo de Dios retracte su promesa y falte á su palabra? No, no, dice San Agustin; no hay contradiccion alguna entre esos dos pasajes del Evangelio. La promesa de que la puerta de los cielos estará siempre abierta, ha sido hecha para el tiempo de la vida, que es un tiempo de misericordia y de perdon, mas no para el que sólo se dirige á Dios en el momento de la muerte, que es un tiempo de justicia y de castigo (2). Y San Gregorio añade: «Esa puerta del cielo que durante la vida se abre todos los dias al pecador arrepentido, permanece cerrada en la hora de la muerte al pecador que se lamenta» (3).

No digo, sin embargo, que sea absolutamente imposible que el pecador se convierta en la hora de la muerte y se salve, porque es indudable que mientras hay un soplo de vida hay tambien esperanza. Mientras dura la vida, la salvacion del pecador no es jamas una cosa desesperada, del mismo modo que tampoco es infalible la salvacion del justo. Por consiguiente, ni el pecador debe perder nunca la esperanza, ni el justo debe cesar de temer. Digo únicamente que, en la conducta ordinaria de su providencia, Dios, por respeto á la verdad de su palabra, por su misericordia misma y por su justicia, no hace ni debe hacer gracia al que le busca solamente en el último instante de su vida. Digo por respeto á la verdad de su palabra, pues que ha dicho en los libros santos: . . . . .

. . . . . (4).

(1) Omnis qui petit accipit; et pulsanti aperietur. (*Math.*, vii.)

(2) Non fallaciter dictum est: Pulsate et aperietur vobis. Dictum est enim pulsate, sed modo, quando tempus est misericordiæ, non quando tempus est iudicii. (*S. Aug.*)

(3) Tunc cœli janua lugentibus clauditur, quæ nunc quotidie peccatoribus aperitur. (*S. Greg.*)

(4) Aquí hay un hueco en el manuscrito. (*Nota del Editor.*)

BIBLIOTECA CENTRAL

Busquemos, pues, al Señor al presente, mientras se halla cerca de nosotros, mientras que nos dirige una mirada de misericordia y que no tenemos que hacer otra cosa para encontrarle que volvernó hacia Él (1). La muerte es el tiempo en que ya no nos conocerá, en que estará tan lejos de nosotros que en vano le buscaremos, y así moriremos en el pecado en que habremos vivido: «Me buscaréis y no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado.»

SEGUNDO PUNTO. La muerte es un eco de la vida; en la muerte misma se repiten todas las ideas y todos los sentimientos de la vida. La muerte es un espejo en donde se concentran y reproducen todas las costumbres y todas las pasiones del hombre. La muerte es el último acto, el desenlace fatal del grande drama de la vida humana. Es el momento en que el hombre recoge la herencia completa de sus méritos y deméritos, de todas sus virtudes y de todos sus vicios, de toda su existencia, y en una palabra, el momento en que es y se encuentra exactamente tal como fué siempre.

No sé si habréis fijado la atencion en que, en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, hemos supuesto que la muerte vendrá para vosotros en el tiempo y en la manera más conforme á vuestros deseos y á vuestras esperanzas. Hemos supuesto que vosotros, pecadores, moriréis de muerte natural y en vuestra cama por efecto de una enfermedad, durante la cual la muerte, ántes de asestar su último golpe, os dejará contemplar por largo tiempo la espada que debe heriros, y que no tendréis la desgracia de ser víctimas de uno de esos golpes imprevistos que en el dia han llegado á ser tan frecuentes, por consecuencia de los cuales el hombre muere ántes de caer enfermo, sin tener siquiera el tiempo de decir: «¡Jesus! ¡Dios mio!» Hemos supuesto que con vosotros los médicos no serán bastante aduladores, los parientes demasiado inhumanos y los amigos harto pérfidos para ocultaros el mortal peligro en que os encontráis. Hemos supuesto que no os le ocultarais á vosotros mismos por efecto de esa esperanza seductora que apega á la vida, y que no seriais del número de los que toman por crisis felices de salud y de vida mejorías aparen-

(1) Quærite Dominum dum invenire potest; invocare eum dum prope est. (*Is.*, lv.)

tes que no son más que los precursores funestos de la muerte, sino que estaréis en la firme persuasion de que debéis realmente morir. Hemos supuesto que vosotros no seréis de los que, por una pena justa, dice San Agustín, por haberse acordado muy poco ó nada de Dios durante la vida, se olvidan de sí mismos en el momento de la muerte (1); de los que persuadidos de que van á morir, preocupados, sin embargo, con los remedios del cuerpo, descuidan como todavía prematuros los remedios espirituales, los diferencian de un día á otro, de la mañana á la tarde, y que no pudiendo disputar á la penitencia los años y los días, la disputan hasta las horas y los momentos, y demoran recibir los últimos auxilios de la religion para cuando ya no sea tiempo. Hemos supuesto, en fin, que los dolores del cuerpo no alterarán de modo alguno las facultades del espíritu; que conservaréis vuestra serenidad en medio de las angustias del mal, vuestra fortaleza de alma en medio de la postracion de los sentidos, y que podréis con calma, en los confines del tiempo, ocuparos del grande negocio de la eternidad.

Pero repito que esas no son más que suposiciones que pueden verificarse en la hora de nuestra muerte, pero sin que nos sea posible tener ninguna certeza de ellas, ni aún probabilidad alguna, atendidas las terribles palabras con que Jesucristo concluyó su parábola: «Aprended de todo esto á estar siempre vigilantes, porque ignoráis completamente la hora y el momento de vuestra muerte» (2).

Ya hemos visto, que aún cuando la muerte venga para nosotros con todas las circunstancias que hemos supuesto, es muy difícil que podamos convertirnos entónces, y morir bien despues de haber vivido mal, porque nos faltará todo para podernos convertir, el tiempo necesario, la sinceridad de la voluntad y la eficacia de la gracia. ¿Qué será, pues, si llega á faltar alguna de las circunstancias supuestas? ¿Si la muerte no nos viene de la manera y el tiempo que deseamos y que nos lisonjamos encontrar? ¿Qué será si la muerte nos arrebatara de improviso, y en la rapidez y en la violencia del mal no nos deja ni el tiempo ni los medios de pensar en nosotros mismos? En ese caso, la con-

(1) Ut qui vivens oblitus est Dei, moriens obliviscatur sui. (S. Aug.)

(2) Vigilate quia nescitis diem neque horam. (Evang.)

denacion del pecador ¿no será segura é infalible? Pues bien, ¿en qué datos, en qué garantías podemos fundar la certidumbre de una muerte cristiana y apacible, pues que Jesucristo nos declara de una manera bien explícita que las circunstancias de nuestra muerte son un secreto impenetrable de su sabiduría, y que no podemos asegurar nada con certeza en cuanto á la hora y el modo de nuestra muerte?

«Lo que podeis afirmar es, como dice San Agustín, que Dios, árbitro de la vida, dueño del tiempo, os concederá *tal vez* el espacio suficiente para hacer penitencia» (1). Todo lo que podeis afirmar es, que el caso de una muerte imprevista puede realizarse ó no para vosotros; que la eventualidad puede convertirse en desventaja vuestra, y que perdais en el juego; pero que también puede suceder que os sea favorable y que ganeis la partida para siempre. Mas ¡ay! ¿cuál es vuestro lenguaje cuando se trata de semejantes intereses? PUEDE SER..... ¡Ah! Se trata de un alma y decís; PUEDE SER..... PODRÁ SUCEDER QUE..... (2). ¡Se trata de un alma única, espiritual, eterna, que una vez perdida, bien sea de intento ó por casualidad, se quedará perdida, y perdida para siempre!.....

Pues ¿por qué tardamos en convertirnos ahora en que estamos seguros de tener tiempo para ello, en que nada nos impide el tener la sincera voluntad, y en que Dios se halla pronto á concedernos el perdon y la salvacion? ¡Ah! No abusemos por más tiempo de las divinas misericordias; no dilatemos por más tiempo nuestra conversion; no endurezcamos cada vez más nuestros corazones á la voz de Dios, que hoy nos invita á volver á entrar en nosotros mismos y á salvarnos, para que la muerte no nos sorprenda en estado de pecado y se consume nuestra ruina eterna: *Queretis me*, etc. En una palabra velemos, concluiré con el divino Salvador, velemos de tal manera, que la misma incertidumbre del día y de la hora de nuestra muerte, despues de volvernos hácia Dios sin demora, nos sostenga continuamente en el camino de la justicia y nos procure la certidumbre de nuestra salvacion eterna: *Vigilate ergo, quia nescitis diem neque horam!*..... Así sea.

(1) Fortasse, inquis, dabit! (S. Aug.)

(2) Memento quod de anima deliberas! (Ibid.)